

Isabel Allende: "De Amor y de Sombra"

675 118

Pienso que resultará incómodo para Isabel Allende ser medida, en ésta su segunda novela (Plaza y Janés Editores), por el metro que ella misma nos proporcionó en la primera —una vara exigente como pocas—. También a mí me resulta incómoda esta vara, pero no sabría dar mi opinión de otra manera, pues "De amor y de sombra" exhibe la misma personalidad narrativa de "La casa de los espíritus", sólo que en una versión empobrecida y atenuada: lo que en su obra inicial era casi una fuerza de la naturaleza— una poderosa y espontánea libertad creadora— es aquí un artificio narrativo que todo lo vuelve esquemático, consciente, programado y donde sólo algunos fragmentos evocan la prosa suelta y fabuladora de sus espíritus tutelares. Hay un esquematismo visible en la arquitectura formal de la novela, en la definición psicológica y ética de sus personajes, y en el flujo menos libre de su lenguaje, ahora más demostrativo de una "tesis" moral sobre el régimen militar y sobre la resistencia.

Los protagonistas de esta historia son Irene, una muchacha periodista de la alta burguesía que en principio ignora lo que pasa en su país, y Francisco, un psicólogo cesante que hace de fotógrafo, acompaña a la muchacha en su trabajo y, militante como es de la resistencia clandestina al régimen, termina abriendo los ojos a Irene al mismo tiempo que se consume su amor recíproco. A ambos corresponde pesquisar dos "casos" a la vez periodísticos y policiales. El primero se aproxima al "caso Yamilet": una adolescente epiléptica rodeada de fenómenos preternaturales desarrolla poderes curativos durante sus ataques. El argumento nos lleva de este caso al otro, el "caso Lonquén": el hallazgo de cadáveres de desaparecidos en una mina abandonada, de la pareja descubre y difunde a la opinión pública, con la intervención ya sabida de las instituciones policiales, eclesiásticas y judiciales. En el primer caso, la autora desarrolla, de manera localizada y puntual, cierta dosis del "realismo mágico" que campeaba latamente en "La casa de los espíritus". El segundo caso representa el intento de novelar un material de documentación preexistente, el que está contenido en las actas judiciales del caso Lonquén, publicadas por Máximo Pacheco. El estilo se ajusta aquí, con leves toques de ficción, al de una crónica político-policial.

La entrada de los personajes en acción —la descripción de las tres familias troncales del argumento— es muy explicativa y se ajusta visiblemente a un esquema lógico

preestablecido. En la página 50 ya se han reunido los tres hilos argumentales y de allí en adelante, el árbol de las ramificaciones y alternancias de los episodios sigue también un orden fácilmente reductible a un esquema. El carácter vital y orgánico de "La casa de los espíritus" —su secuencia más poética que lógica, la perfección de su montaje más intuitivo que artificioso— ha cedido lugar a un cierto esquematismo, talvez dado por el carácter documental de una parte del argumento, talvez producido por el designio ético-político de demostrar una "tesis": la maldad casi absoluta del régimen militar.

La tarea de la crítica literaria no es medir la mayor o menor veracidad de una novela en relación con su referencia histórica; cuán cerca o lejos esté la presente obra del "Chile verdadero" no es asunto de la crítica, sino de la historia. Literariamente hablando, me parece que el problema narrativo de esta novela es un cierto maniqueísmo en el reparto del bien y del mal. Falta esa ambigüedad de todo lo real, ese claroscuro en que se mueve la libertad humana.

Los "buenos" y los "malos" de la película están sobredeterminados, lo que deriva en simplificación del mundo en que se mueven, y en pérdida de su verdad humana. De allí el tono "edificante" de algunos sucesos. Es muy difícil escribir una novela para probar una tesis "moral" sin caer en lo apologetico, es decir, en una visible parcialidad del narrador interno, que en este caso aumenta esa impresión por el hecho de ser un narrador omnisciente, el sabido todo que con demasiada frecuencia anticipa el futuro de los personajes: nunca imaginó fulano que unos años más tarde... etc.

La prosa de Isabel Allende conserva la soltura que le conocíamos, pero no ese poder de encantamiento de su primera novela. Su carácter documental o de crónica periodística a ratos le corta las alas. Hay fraseología convencional: "supo que amarla era su destino inexorable". Hay expresiones que podrían ser coloquiales, pero resultan más bien convencionales: sucede tal cosa "que por poco la conduce a un patatús". Obviamente, todas las reservas que expresé en estas líneas —y que se resumen en la categoría de "esquematismo"— tienen como punto de referencia valorativo la asombrosa promesa que irrumpió en nuestra novelística con el nombre de "La casa de los espíritus". Si la actual fuera la primera novela de la autora, me expresaría en otros términos.

Ignacio Valente

el Mercurio, Valparaíso, 23-I-1985 p.2.